



BLANCA CAPELO.

LEYENDA VENECIANA.

I.

No lejos del ángulo norte del palacio Ducal de Venecia, detras del puente de los Suspiros, y á la orilla de un obscuro canal que rara vez animan los rayos del sol, álzase un palacio de severa arquitectura, cuyas paredes ennegrecidas por el tiempo despiertan sin saber porque en el ánimo del viajero tristes y melancólicos pensamientos.

La puerta se abre en frente de un puentecillo tan triste como el edificio; el agua que corre por bajo aparece mas turbia y sombría que la de los otros canales; un silencio mortal reina en aquel solitario recinto, y su aspecto terrible se aumenta tambien con la obscura sombra que le produce el edificio de las Cárceles, que delante tiene.—

En los pasados siglos conocidos por *la edad media*, habitaba este célebre palacio una familia patricia, la familia *Capelo*, y la casa que enfrente está se hallaba ocupada por los *Salviati*, nobles florentinos que habian establecido en ella su banco de comercio. Porque es bueno

advertir que en aquella época los italianos no participaban de la preocupacion de otros países, y las familias nobles no tenian á menos ocuparse en el comercio, y enriquecerse con él.

Un joven florentino llamado *Pietro Buonaventuri* acababa de llegar á Venecia para seguir el comercio en la casa de los *Salviati*, y gracias á la actividad y conocimientos quedó muy pronto encargado esclusivamente de la direccion de dicha casa.

El joven *Pietro* era extremadamente hermoso, de una talla elegante y esbelta; fisonomía espresiva, y una esmerada comportura en el vestir; tenia una rubia cabellera que cayendo en bucles sobre el cuello y frente hacia resaltar la blancura y delicadeza de su tez, y el brillante azul de sus ojos. Era en fin un muchacho muy propio para hacer perder la tranquilidad de los corazones.

Tenia la costumbre de colocarse por las tardes á la ventana para gozar de la fresca brisa de los lagos, y contemplar el resplandor de la luna, á quien solia saludar con apasionadas canciones acompañadas de la guitarra al estilo de su pais.

Porqué tanto el viejo senador *Capelo* tenia una hija única, llamada *Blanca*, que era la esperanza de su vejez,

y como tal, y con deseo de preservarla de seducciones, la guardaba con todo el afán que un viejo avaro pone en ocultar su tesoro. Unicamente los días festivos la permitía salir á la calle para asistir á la misa, y eso cubierta de un velo espeso, y escoltada por una nodriza antigua y su escudero.

Pero Blanca por desgracia no era ciega, y por entre las celosías de sus miradores habia visto un día á Pietro, su vicino. Desde aquel momento no habia ya uno solo de reposo para ella; y noches y días le pasaban en un profundo tormento, sin que todas sus infantiles ocupaciones ni sus ejercicios religiosos pudieran alcanzar á distraerla de aquella involuntaria fascinación.

Un día al atravesar los jardines de la *Zuccher* para ir á la parroquia de la *Salute*, Blanca observó que Pietro la seguia, y observó tambien que al entrar en la iglesia Pietro se arrodilló á su lado sin dejarla un momento de mirar.

—Mi buena madre (dijo por lo bajo la joven inocente á su nodriza), mirad á ese joven que nos sigue; es el que amo, y me dejaré matar si mi padre no consente en que sea mi esposo. —

La nodriza sobrecogida con esta exótica declaración quiso replicar, pero Blanca la interrumpió de nuevo diciéndola:

—Dejadnos solos, buena madre, porque él sabe que le amo, y yo sé que él me ama á mí; que hace quince días que me lo está diciendo con sus miradas; es preciso que antes que venga la noche concertemos como me ha de pedir á mi padre.

Estas palabras fueron dichas bastante alto para que Pietro pudiera oirlas.

—Blanca, exclamó dando un suspiro, antes que venga la noche iré á casa de tu padre á pedirle tu mano. —

Y diciendo estas palabras desapareció. Blanca llena de alegría siguió á su nodriza á la góndola que las esperaba, y regresaron juntas al palacio Capelo.

Pietro cumplió su palabra, y aquel mismo día pidió la mano de Blanca; pero el viejo Capelo á tal propuesta se entregó al mas violento furor, como quien bien sabia que aquel hombre que osaba aspirar á su hija no era mas que el dependiente de la casa Salvati, y de obscura nobleza y extranjera. Interrumpió, pues, bruscamente su demanda, y sin hacer caso de sus ruegos hizo que sus criados le arrojasen del palacio. Pietro entonces escribió á su amante suplicándola que aquella noche se encontrase á la puerta del palacio de su padre, porque tenia grandes nuevas que revelarla.

Blanca acudió á la cita sin consultar á sus guardas, escapándose del lecho á media noche, y viniendo á buscar á Buonarroti que la esperaba en el puente, sin siquiera cuidar del desaliño de sus vestidos y de lo arrojado de su conducta. Pietro al ver á Blanca se echó á sus pies, y asegurándola de su amor y de su constancia, le contó la negativa de su padre, procurando de consuno hallar medios de convencerle.

Pero las horas pasaban en esta conversacion animada, y ya las primeras luces de la aurora comenzaban á brillar, cuando un proveedor de la casa Capelo entró en ella y cerró la puerta que Blanca habia dejado abierta, con que impidió inadvertidamente á esta de poderse retirar, y la obligó á permanecer en compañía de su amante, triste y desaliñada, y expuesta á las miradas indiscretas de los lacayos que cruzaban el canal.

Pietro entonces encubriéndola con su capa la persuadió que le siguiese á Florencia, en donde su madre, rica y noble señora, según dijo, les recibiría en la casa y les daría su amor y su bendición. Blanca no titubeó apenas, y se dejó conducir á una góndola, hasta que llenos de fati-

ga, de sustos y miseria arribaron á Florencia, donde Buonarroti depositó en manos de su madre á la noble veneciana Capelo.

II.

No pasaron muchos días sin que la crédula é imprudente Blanca reconociese su error, y llorase amargamente sus naturales consecuencias. Vió desgraciadamente que el tal Pietro era un miserable, y su madre pobre anciana de la mas baja condición, incapaz de atender á sus mas precisas necesidades. Blanca se entregó entonces á la mas completa desesperacion, y torciéndose las manos y arrancándose el cabello no dejaba un instante de gritar. —Pietro, Pietro, me has engañado!

Pietro, como era consiguiente, se cansó muy pronto de estas lamentaciones, y entregándose para olvidarlas á una vida licenciosa, pasaba los días y noches en franca chelera con sus camaradas, tomando antes la precaucion de dejar encerrada á Blanca con su madre.

Mas la casualidad quiso que un día regresando el duque de Florencia de una partida de caza, seguido de una lucida escolta que iban todos los señores de su corte; al atravesar la plaza de *santa Maria Novella* viese á Blanca por entre las celosías de su ventana, y por el cuidado que ella puso en ocultarse llamó su atencion, resolviéndose á todo trance saber quien era aquella misteriosa beldad.

Un señor español llamado Mondragon, confidente y favorito del príncipe, tomó á su cargo tan arriesgada averiguacion, y tal fue la maña que se dió, que á los pocos días pudo reducir á la madre de Pietro á que viniese á su casa con su hija con cualquier pretexto que inventaran.

Luego que llegaron al palacio de Mondragon, y que fueron introducidas en unos salones suntuosamente decorados, la madre, y el favorito dejaron sola á Blanca, advirtiéndola primero que todas aquellas riquezas eran suyas; y mientras Blanca embobada con aquel fausto que le recordaba la casa de su padre, abria los tocadores, probaba aquellas galas y se miraba á todos los espejos que la revelaban su hermosura, un hombre apareció de repente en el salon, y lanzándose á sus pies la declaró que era el gran duque de Toscana Francisco, que sabia toda su historia, que estaba ciegamente enamorado de ella, y que se proponia darla su mano y castigar la insolencia de Buonaventuri. Blanca sobresaltada pudo con grandes esfuerzos escapar de los brazos del príncipe, y regresar á su posada, cuidando de ocultar á su amante tan señalada aventura.

Pero el celoso servidor del príncipe Mondragon halló medio de ligar relaciones con Pietro, halagándole con una plaza en la Corte, y haciéndole conducir á ella á Blanca, ya esposa suya; Pietro embobado en los honores y riquezas cortesanas, se entregó entonces sin freno á todos sus destregos de vida; hecho un perdonavidas y corriendo ebrio por las calles baseando pendencias, hasta que una noche en una de ellas fue muerto á estocadas sin que se supiera por quien.

Blanca en fin despues de un año de duelo hubo de ceder á las solicitudes de Francisco, y dándole su mano fue reconocida gran Duquesa de Toscana. El viejo senador veneciano, Capelo, sabedor de la alta dignidad á que la fortuna habia elevado á su hija, consintió en volverla á ver, y vino á Florencia con los Embajadores que la serenisima República de Venecia enviaba á complacentar al gran duque por su matrimonio.

Nada faltaba ya á la fortuna de Blanca. Su elevacion y su grandeza habia borrado de su imaginacion la memo-

ria de Dietys. Verdadero reina en nombre de su débil esposo, su orgullo y su fausto crecieron hasta tal extremo que el mismo pueblo que aplaudió su elevación, comenzó á implorar al cielo que le librase de su tiranía.

Por desgracia el castigo de la providencia no se hizo esperar. El gran duque tenía un hermano Cardenal que se había opuesto con todas sus fuerzas á su casamiento, porque miraba asegurada en su propia persona la sucesión de la corona ducal.

Un día llegó el cardenal á Florencia, y Blanca que le tenía hizo prepararle un magnífico festín en la *villa de Poggio en Caiano*. Aceptólo el cardenal, sombrío y receloso, y pasando con destreza al gran duque el manjar que Blanca le ofrecía, clavó los ojos en esta, y levantando una voz terrible exclamó.

— «Nadie salga de esta sala si quiere vivir mas. Acuden al socorro del gran duque Francisco á quien la veneciana Blanca Capelo acaba de envenenar con este manjar compuesto por sus manos.» —

Blanca estremeida de semejante acusación quiso desmentirla, lanzándola sobre el mismo que á él la dirigía; pero el cardenal y sus secuaces ahogaron sus voces, y entonces avalanzándose al plato fatal, devoró lo que restaba y lanzó el último suspiro al lado de su difunto marido.

El cardenal entonces tomó la corona que sus servidores le presentaron de rodillas, y púsola sobre su cabeza declarando que él era el legítimo heredero del gran duque de Toscana, pues que la muerte acababa de arrebatár á su muy caro y amado hermano *Francisco de Medicis*.

LAS VENDIMIAS.

En todos los países donde se conoce la vid, y se obtiene de este precioso vegetal el licor generoso que alegra el corazón del hombre, el tiempo de la vendimia ha sido mirado como la más solemne de las fiestas campesinas, y celebrado en la antigüedad con danzas y ceremonias religiosas.

No solamente se hacía esto para dar gracias á los dioses de un beneficio digno de toda su grandeza, sino por conservar la memoria de un descubrimiento que asegura al hombre el remedio de muchos males; bebida verdaderamente encantadora, cuya dichosa influencia sobre nuestras facultades físicas y morales, hizo exclamar á Horacio: «Tú ablandas los corazones mas duros, y descubres los secretos mas profundos; tu llenas de esperanza el corazón abatido, y das valor al cobarde; contigo desprecia el furor de los tiranos, y sus batallones aherrizados de picas.»

La vid y la civilización peregrinaron juntas, y los pueblos se apresuraban á ofrecer la hospitalidad á estas dos viageras, hijas del oriente. En este afortunado clima Noé, á quien la escritura llama *labrador*, fue el primero que plantó las viñas.

Lo que la Mitología refiere de Baco, de sus conquistas, y de las persecuciones que sufrió de parte de los hombres, cuya felicidad quería asegurar, sometiéndolos á sus leyes, debe considerarse como una noticia de la introducción de las viñas en los diversos países donde se cultivaba, como la India, Egipto, Grecia é Italia.

Los hombres que hicieron este presente á sus semejantes adquirieron los derechos mas incontestables á su reconocimiento; mas luego abusando de este beneficio se les consideró como enemigos del reposo público.

Diodoro de Sicilia explica así la fábula de Baco. El nombre de este celebre personaje, según algunos mitólogos, no era otro que *aeolicus*, que quiere decir *aeolus*; y en cuanto al hacerle nacer en Grecia de la joven fortunada Semela, y darle por abuelo al Fenicio Cadmo, rey de Tebas, no se vé oculta bajo esta narración alegórica la intencion de añadir á los beneficios que al país había recibida de su fundador, el descubrimiento del vino que el había hecho, descubrimiento no menos precioso para aquellos pueblos, que el de las letras del alfabeto, de quien la Grecia, según Herodato, le era igualmente deudora?

Dejando aparte algunos excesos que se cometieron entonces como en nuestros días, y acarrearón á los que daban el mal ejemplo, el desprecio público, y las enfermedades que son siempre el fruto de la intemperancia; los hombres se habituaron poco á poco al uso del vino según los preceptos de la higiene, y á no tomarlo hasta el extremo de embriutecerse y perder la dignidad de hombres, como acontecía al vencedor de Persia.

Para fijar al hombre en este grado de moderación, los legisladores y ministros de las religiones primitivas, con la mira de hacer á los hombres mejores, y de que no olvidasen la virtud, tuvieron mucho que trabajar para que su voz fuese oída de la báquica multitud, oponiendo á sus frívolos discursos los graves preceptos de la moral, y enseñándoles á preferir una vida exenta de excesos, y unos placeres honestos á los placeres peligrosos que estraviando la razón, hacían muchas veces clavar el puñal del asesino en el seno de un hermano.

En un tiempo en que la ilustración había progresado poco, era necesario, al dirigirse á la multitud, poner el ejemplo al lado del precepto. Uno de los medios que mas contribuyeron á mejorarla fueron las escenas alegóricas, que dando á la celebridad de las vendimias el doble carácter de fiesta pública, eran lecciones instructivas para los que abusaban de los presentes de Baco. Tal fue el objeto de las fiestas llamadas *Bacanales* ó *dionisiacas* á pesar de los abusos, excesos, y monstruosidades que alteraron el candor primitivo de estas sabias instituciones.

Los sacrificios, las oraciones públicas, y las ceremonias en los templos y en los campos, señalaban el momento en que el cielo iba á dar á la tierra su mas bello presente. Los hombres y mujeres coronados de pámpanos corrían por las campiñas dando fieros ahullidos, haciendo ridículas muecas, y profiriendo palabras, que la buena moral prohíbe, todo con el objeto de demostrar palpablemente el horroroso estado á que puede conducir el vino, mas como se abusase tambien de la libertad que se concedía en estos juegos, el Senado romano dió un decreto aboliendo las Bacanales.

Antes de tomar esta medida; que espectáculo tan animado ofrecían las bellas campiñas de Grecia y de Italia! Cuando conocían que la uva estaba del todo madura se dirigían á las viñas al son de los instrumentos y de los melodiosos coros que repetían los ecos lejanos. Separaban los dorados racimos del sarmiento que los había nutrido, y colocados en vistosos canastillos eran conducidas al lugar. Allí se cantaban los versos de Theocrito y Anacreonte, mientras el mosto corría en las vasijas donde debía conservarse, y adquirir sus calidades preciosas.

Según algunos viajeros parte de estas costumbres existen todavía en Italia, y mas particularmente en la moderna Grecia, en donde hay una danza llamada *Palaca*, en que se figuran todas las operaciones de los vendimiadores, y los domingos de setiembre y octubre, las familias de los aldeanos van á divertirse á las viñas, y á bailar delante de ellas.

Los antiguos usaban, como nosotros, mucha variedad en las viñas que plantaban; también se servían de emparrados, y muchas veces sostenían los sarmientos con las ramas del fresno y del olmo. Cuidaban de separar las diferentes clases de uva, no tan solo por la diferencia que puede establecerse al tiempo de su madurez, y que conduciría, según Columela, á recoger el fruto tardío con el temprano, sino por el gracioso golpe de vista

que resulta de esta colocación ventajosa que sorprende, y no se puede menos de mirar con placer.

Estos usos y prácticas que acabamos de referir se introdujeron en Europa con el cultivo de la planta preciosa que los motivaba; y en todas partes donde se cultiva la vid la época en que rinde su fruto sigue siendo señalada con alegres regocijos de las familias campesinas, y de muchos de las ciudades que corren á tomar parte en ellos.



ESTUDIOS BOTÁNICOS.

EL RICINO.

El Ricino, llamado vulgarmente *Palma cristi*, es un árbol bastante fuerte, de 25 á 30 pies de altura, de bella presencia por sus hojas anchas, abroqueladas y festoneadas como se encuentra en los países de la India y Berbe-

ris; pero cultivado en Europa no ofrece mas que una planta herbácea anual, cuyo tallo de 6 á 8 pies de largo es fistuloso, cilíndrico, de color garzo rojizo y que en una misma estación se ve florecer y dar fruto. Las flores ocu-

pan la parte superior de los tallos y de las ramas donde están dispuestas en un largo ramillete piramidal. Si se le abriga anualmente en la estufa, el tallo se robustece, y se hace leñoso; lo que prueba que no es una planta herbácea, sino en que el tallo y las raíces perecen á fines de otoño, ó á principios de invierno. Como es de naturaleza de florecer y dar fruto, desde que tienen un año se le aumentan los granos.

Las semillas del Ricino se componen de una sustancia blanca, compacta y lechosa, parecida á la de las almendras. Contienen en abundancia un aceite craso y dulce que se saca fácilmente, sea por presión, ó por infusión en el agua hirviendo. Es de notar que las calidades emulsivas, aceitosas y dulcificantes de estas semillas pertenecen exclusivamente, al tegumento que envuelve al embrión, el cual parece contener sus calidades acres, irritantes y nauseosas, que gozau de propiedades medicinales muy diferentes, segun conservan ó no este órgano central esencialmente venenoso, al cual deben la propiedad de excitar el vómito, de ser un purgante activo, y de alterar é inflamar ciertas partes de la membrana mucosa recobrando su disposición digestiva. Muchos observadores dignos de fe atestiguan haber visto resultar los accidentes mas funestos y aun la muerte de algunos sujetos que habian tragado dos ó tres granos enteros.

El aceite de Ricino se prepara mas particularmente en las Indias orientales y occidentales, en los Estados Unidos, y en el Mediodía de Europa. Fue conocido de los antiguos que lo empleaban bajo el nombre de *Oleo-ricino*. Como el aceite del embrión sale con mas dificultad que el del pericarpio, no se deben someter las semillas del ricino mas que á una presión moderada, ó bien sumergiéndolas en agua caliente para obtener su aceite; que viene luego á nadar en la superficie del líquido, muy dulce y semejante al de las otras sustancias emulsivas. Cuando por el contrario se aprieta fuertemente, el embrión precisado á ceder sus principios acres y venenosos contracta sus propiedades corrosivas, y constituye uno de los purgantes mas violentos y mas peligrosos que se conocen. El aceite dulce de Ricino esta recomendado especialmente para muchas enfermedades sean agudas ó crónicas, y sobre todo en las afecciones verminosas contra las cuales ha probado bien; se puede tomar solo con azúcar, jarabe, limon, ó cualquiera substancia aromática sgradable. Muchas veces se le añade la mitad ó la cuarta parte de su peso de yema de huevo ó de goma arábiga y se hace de él una emulsion que se dulcifica convenientemente. Además, las hojas del Ricino parece tienen cualidades emolientes y dulcificantes, luego que estan ligeramente secas se las aplica algunas veces á las articulaciones para calmar los dolores de la gota; á la cabeza para disipar la jaqueca, y al vientre para mitigar los cólicos.

El aceite de Ricino arde tambien en las lámparas; y un autor refiere que los habitantes de la India lo mezclaban con la cal apagada, y servia para blanquear las casas, los navíos y las maderas expuestas al aire, añadiendo que esta argamasa la empleaban tambien en la construcción de cisternas, estanques etc., llegando con el tiempo á hacerse tan sólida como la piedra.

SOCIEDAD

PARA PROPAGAR Y MEJORAR LA EDUCACION DEL PUEBLO.

INSTALACION DE LA JUNTA DE SEÑORAS.

El Domingo 14 se celebró en el salon del colegio de sordo-mudos una reunion de las señoras que se han inscripto hasta el día en esta sociedad, con el fin de proceder al nombramiento de las que habian de componer la junta que segun el artículo 5.º de las bases constitutivas de la misma debe tener por objeto el mayor cuidado y mas eficaz inspeccion de las escuelas. Presidió la reunion el Excmo. señor Presidente de la sociedad acompañado de los señores Secretario y Vice Secretario generales, y fueron elegidas las señoras siguientes.

Para Presidenta.

Excma. señora duquesa de San Fernando

Vice Presidenta.

Excma. señora marquesa de Malpica.

Secretaria.

Señora marquesa de Valdejema.

Vice Secretaria.

Excma. señora condesa de Ezpeleta.

Excmas señoras duquesa viuda de Gor.
y duquesa de Gor.

Sras. Doña Jacoba Coreuera de Tutor.

Doña Manuela de la Fuente de Iglesias.

Doña María Jimenez de Vallejo.

Doña Ramona Aguirre y Rosales.

Doña Virginia Montesinos.

Doña Ignacia Gonzalez Alonso.

Doña María del Patrocinio Chacon Manrique de Lara.

Doña Fernanda Bardají de Cano Manuel.

Doña Margarita Jimenez de Cheli.

Doña Mercedes Villaurrutia de Ramirez.

Doña María Cleofe Huerta, viuda de Carreta.

Doña Josefa del Valle.

Doña Isidora Gonzalez Alonso.

Doña Paula del Acebal y Arratia.

De estas 16 señoras las ocho primeras compondrán con las señoras Presidenta, Vice Presidenta, Secretaria y Vice Secretaria la comision de inspeccion de escuelas.

S. M. la reina Gobernadora se ha dignado no solamente permitir que su real nombre y el de nuestra augusta reina vayan al frente de la lista de Socios, como Patronas y protectoras de la sociedad, sino tambien suscribirse por cien acciones, subiendo en el día los suscritores á mas de 500 por mas de 1200 acciones de á veinte reales anuales.

EL JAQUE DE ANDALUCIA.

Málaga.

Tibio el sol, en occidente
su llama trémula hundia,
y con celajes de grana
velaba su faz rojiza.
No quedaba de su hoguera
sino una luz blanquecina
que débil, el horizonte
de su confin despedía.
Y lánguida en las arenas
del pérfido Aguar-medina
dibujando falsamente
los objetos, se tendía.
Cruzaban el ancho cauce
por varias opuestas vías
los fatigados obreros
que dejaban la marina,
pensando groseramente
en solazar sus fatigas,
los unos en la taberna
con vino, pan y coquinas;
entre gitanas, beodos
porrazos y algarabía;
los otros con mas moral
con su mujer y familia,
y algunos no tan morales
en casa de la... vecina.--

Tendió la noche su manto
y asomó entre la neblina
la luna pálida y triste
reflejando en la campiña
sus moribundos destellos
que lánguidos se perdían.
Quedó desierta la playa
el Espigon, la Cortina,
y solo allá en el Campillo
entre las sombras se vía,
apiñados, platicando
de tunos una cuadrilla.
No hay ningún hombre de bien;
todos son gente de chispa;
y como dice el refran
toda gente sin camisa.
Hay ladrones, gariteros,
hay gente de la marina,
tramposos, pillos, fulleros
chulos y contrabandistas,
y entre ellos tambien se cuenta
el jaque de Andalucía.--

Allí estan como ellos mismos
sentados junto la hermita
donde ha tiempo se venera
el Cristo de Zamarrilla.
Cada cual cuenta animoso
las hazñas de aquel día,
las milagrosas empresas,
las estafas peregrinas
que sin conciencia cargaron
del prójimo en las costillas,
y se rien, y se aplauden
y otras nuevas se meditan.
En medio de aquella zambra
callado permanecía
el jaqueton andaluz,
la prez de la pillería,
tan cobarde como el solo,
encerrado en sus patillas,
escuchando con desden
aquella gente perdida
que se alababa de cosas
tan tribiales y mezquinas
que por su poco valor
nombrarse no merecian.
Así estuvo indiferente
escuchando valentías,

y mirado de reojo
perdonádoles la vida,
hasta que al fin uno de ellos
en ademán de homicida
tirándole un monterazo
le sacó de sus casillas.--

—¿Que tienes, Diego Jimenez,
que estás hecho un alcorneque?—
—Muchaz ganaz de llenar
un sementerio con hombrez,
que disparan monterasos
y que, como tú, dan cozes—
—Vamos que será algo menos—
—Ni menoz ni maz, ya lo oyez;
librate Juan si me amozco
te llene el cuerpo de azotes,
ó que te saque el bautizmo
de un tiron por loz talonez—
—Terrible estás, Diego.—

—Y mucho;
que voy á *diñar* un bote
en la *fila* aunque sea á Cristo.
si alguno piensa esta noche
pisarme el bulto; ¿lo entiendes?—
—Sí que te entiendo; pero, hombre,
Estás tan serio... ¿que tienes?—
—Juanillo, ya me conoces.—
—¿Tienes muermo?—

—Tengo; ¡Sangre!—

—No—

—Mal de amozes?—

—¡Ay Juanillo!—dijo el Jaque
sacando de los pulmones
un muy ardiente suspiro.--
—Ezo tengo, y esta noche
no va á quedar en el sielo
en cuanto suenen las dose
ni santoz, ni querubinez,
ni angelitoz, ni angelotez.—
—Pues quién te acribilla el alma?—
—La *Currilla Perdigones*—
Ese escuerso con refajo,
que por darme en los vigotez
se casó por la mañana
sin decir *oste ni morte*,
y esta noche ez el bodorrio.—
—Pero con quién?—

—Con Blas Lopez.—

—Con Blas Lopez el torero?—

—Sí señor, con ese padre.—

—Y que intentaz?—

—Yó? vengarme

aunque le peze á San Cosme.—

—Y como te haz de vengar?—

—Juanillo!, ya me conoces.

Ya sabez tú que en disiendo

Jimenez ¡ole con ole!

se lleva detraz loz marez

y se le humillan loz montez.—

—Verdá.—

—Pues quiero robarla

y quiero tambien á Lopez

enviarle á comer jollin

á loz infernoz de un golpe.—

—Despasio con lo que piensas;

por que mira que Blas Lopez

le pinta un *jabeque* al sol

si en la *chichi* se le pone.—

—No importa; que yo me almuerzo

como Lopez treints hombrez;

si tiro del saca-luche,

y escupo, y me cuadro, ¿lo oyez?

—Y como lo vas á hacer?

—De una manera que asombra.

Ya sabez tú que acostumbra

ese hombre todaz laz nochez

salir á ver el *ganao*

al punto que den las dose,

y despuez que lo revisa

se vuelve y por loz tablonez

pasa el rio; necesito

para que salga conforme

la operacion y mix planez

de vosotroz diez ó dose.

¿Oz convenis?--

--Pero y qué
hemos de hacer con Blas Lopez?--
--Una friolera: Esperarle
al fin de los callejones,
y al pasar, sale cualquiera
le dá mulé; y pater-noster--

Entonces de la cuadrilla
se alzaron vagos rumores
preguntando por lo bajo
de aquella vida el importe,
hasta que dijo Juanillo.

--Pero Diego, no conoces
que estando de fiesta y boda
tal vez no saldrá esta noche?--
--Y por qué no, esgalichao?
¿lo he dicho yo? ora por nobis,
lo tiene por penitencia
y ya sabeiz que Blas Lopez
en este punto ez cristiano--
--Ez verdá.--

--Puez bueno--

--Entonces,

quien le ha de dñar mulé?

--Cualquiera: quise doblonez
como un sol le entrego al punto
al que le aferre el cogote.--
--No hay mas que hablar, yo me encargo.
--Que quede sentao del golpe.--
--Si quedará espirabao
por el Cristo que nos oye.--
--Lo que queda lo haré yo
en cuanto suenen las dose.--

Dijo; y terciando la capa
y recogiendo el estoque
se salió de la cuadrilla,
y entre las calles perdióse.--

Triste y sola está la calle
que de *Los mármoles* llaman,
capaz de asustar al miedo
si el miedo por ella pasa.
Es una calle sombría
que ni es estrecha ni es ancha;
pero en cambio es más que todas
gibosa, torcida y larga--
Cerca está la media noche
y los vecinos descansan,
ó cuando menos están
para meterse en la cama;
porque ni luz, ni otra cosa
asuma por las ventanas,
y rejas, y miradores
y puertas están cerradas.
De una casa solamente
sale rumor, algazara,
y de tal modo el bullicio
con el silencio contrasta
como si fuera un entierro
con violines y guitarras.
Aqui se descansa y duerme,
alli se canta la caña,
aqui soledad, silencio,
alli se rompen las tabas
con la cachucha el bolero
y sin tino se emborrachan;
y así los unos durmiendo
y los otros de jarana,
sin querer y sin pensar
el mundo á la vez retratan;
pues en tanto que unos duermen
ó velan, piensan ó rabian,
otros cantan, beben, gritan,
gozan, y sudan y danzan--

En esto dieron las doce
en una torre cercana
y poco despues la puerta
de la casa en que cantaban
se abrió crujendo, y salió
un hombre envuelto en su capa.
--A Dios Blas--dijo una moza
que se asomó á la ventana.--
--Que vuelvas pronto, mi vida,
porque te espero con ansia--
--Currilla, al instante vuelvo--
--Que no te olvides si pasas

por los tablones, el río,
que hay mala gente--

--Descansa
que llevo aquí mi trabuco
que despabila las almas
lo mismo que un padre cura.
A Dios.--

--El contigo vaya--

Y por la calle adelante
Siguió Blas Lopez su marcha--
siguió también la función,
el estruendo y la algazara,
el ruido de castañuelas,
el baile, el vino y las cañas.
Siguieron también su música
las destempladas guitarras,
y las voces del festejo
que hasta la calle llegaban.
Unos gritan--¡Salero!--Otros--
Juanilla, por qué no cantas?
Otros--vino!--otros--dale!
Otros--¡Curra!--que me mataas!
Y algunas veces salían
todas juntas las palabras,
formando con sus acentos
estrabagante ensalada.

--Bien, Señor!--

--Ahí van sardinas.--

--Oh!--

--Otra cañita, mi alma.--

--Que se me sale el zapato.--

--Juanilla, bien!--

--¡Vino!--

--¡Vaya!

--¡Otra vuelta!--

--Bien!!!

--ya está.--

--Hasta que se hunda la casa.--

--Vaya una ronda de mosto.--

--Vaya la espuela?

--Pues vaya!--

Y con tales alborotos,
con tales dichos y zambra,
no pudieron escuchar
aunque á muy corta distancia
el estallido de un tiro
ni el ¡Ay! que alzaron las ansias
de alguno que sobre el polvo
quedó con cuerpo y sin alma--
En tanto el festín seguía
y con mas furia las cañas
y las voces, y el estruendo
y las palabras profanas,
cuando detrás de una esquina
un hombre, que en ella estaba
esperando largo rato,
salió terciando la capa
sobre el hombro, y recatando
con el embozo la cara--
--Ya estará en el otro mundo--
murmuró el hombre fantasma--
--Ea! valor, tuya es la noche;
no esperes más! ¿á qué aguardas?--
Y con esto se acercó
á la puerta de la casa
donde estaba á la sazón
el baile, y tocó la aldaba--
Quien es?--

--Yo.--

--Eres tú, Blas!--

--Si.--

--Pues toma la llave, mi alma--

Y á la calle la arrojaron
desde una angosta ventana--
El hombre la recojió
con aparente cachaza,
y con ella abrió la puerta,
y sin saber por qué causa
dejó la llave metida
por defuera en la cerraja--
Subió con paso inseguro
la escalera de la casa,
y atravesó un corredor,
y al fin se puso en la sala
donde estaba al parecer
el objeto que buscaba--
Al verle, todo quedaron
cual si vieran un fantasma,
sin acción, sin movimiento,
como si fueran estátuas.

Dejaron el pie en el aire
 las parejas que bailaban,
 callaron á un mismo tiempo
 las mal sonantes guitarras;
 y la ruda algaravía
 de aquellos que alborotaban,
 y las canciones quedaron
 ahogadas en la garganta.—
 --Compadre! ¿quien es n. t.é
 y qué quiere en esta casa?
 dijo uno desde un rincón
 de los de mas mala facha.—
 --Yo zoy, contestó al momento,
 Diego Jimenez, de Málaga;
 que viene con el trabuco
 á daroz mule, canalla!—
 --¡Afuera! gritaron todos—
 tirarlo por la ventana!—
 --No harán tal, porque lez dezo
 como yezca las entrañas.—
 Y en esto tiró el embozo
 y al suelo despues la capa
 y descubrió no iba solo,
 que llevaba en su compañía
 un trabuco narangero,
 dos puñales, dos navajas
 y dos pares de pistolas
 asidas á la canana.—
 --¡Ay de aquel que se menée!—
 dijo sonando las armas.
 ¡Ay de aquel que ezcupa, ó mire!
 Jezucrizto! mal lo paza!
 que le he de sacar laz tripaz
 y ahorcarlo con la maz larga.—
 --¡A la calle!!!—
 --Sonsoniche!—
 --Pues qué busca usted en mi casa?
 dijo la novia saliendo
 debajo de una canasta.
 --A uzte la buzco, mala hembra!
 sin vergüenza y sin palabra.
 ¿Quién le manda á uzte casarse
 y despreciar mi calaña?
 ¿No sabe uzte que Jimenez
 ez una fiera, so plasta?—
 --¡Y no sabe usted Jimenez
 que me casé esta mañana
 porque.....—
 --Por qué, so pelona?—
 --Porque me dió la real gana.
 --Ay Dios mio! que julepe
 va á llevar esta muchacha!—
 --Marchese usted so espantajo
 que parece usted una tranca.—
 --Uzte una mómia parese
 con esa cara tan lásia.—
 --Vayase usted, mala sombra,
 al instante de mi casa
 porque vendrá mi mario,
 y le saldrá á usted á la cara.—
 --Qué ha de venir? malos menguez
 le tajelen las entrañas!
 Póngase uzte bien con Dios
 ó póngase uzte la saya
 para venirse conmigo
 á donde quiera llevarla.—
 --Quien, yo?—
 --Sí.—
 --No puede ser
 ni lo uno ni lo otro, ¡maudria!—
 --Pues quien ze opone?—
 --Nosotros!!—
 gritaron los de la zambra
 apurada la paciencia:
 con tantas baladronadas.
 --Vosotros, malaz gallinaz
 se me os venis á laz barbaz!
 Pues resar siocuenta creos
 y encomendaroz el alma.—
 --De esta suerte --y todos juntos
 hácia Diego se adelantán,
 y al irle ya á acometer
 y á hacerle el pellejo rajas,
 Blas Lopez apareció
 en la puerta de la sala.—
 --Qué es esto?—dijo acercándose
 hácia el tumulto—
 --Qué pasa?—
 Y al verle Diego Jimenez
 tiró en el suelo las armas,

y tapó con una mano
 lo que pudo de la cara,
 y con la otra hizo la cruz
 y á Lopez en fin demandó.—
 --Yo te pido por el nombre
 de la virgen soberana,
 que te vuelvaz, sombra trizte,
 del otro mundo á la estausia,
 y que dejes á Jimenez
 que siga teniendo calma
 ziquiera por los cuartillos
 de Valdepeñaz y Málaga
 que echamos en otro tiempo
 en la tienda de Colasa.—
 --Está usted matagarnó?—
 le dijo Lopez con rabia.
 O es usted compadre mio
 el que ha dispuesto la hasaña
 de que al salir esta noche
 entre dōse me mataran,
 que si no es por mi trabuco
 acaso no lo contara?—
 --Con que estaz vivo, Blas Lopez?—
 --Vivo estoy en cuerpo y alma.—
 --Puez, Señor, yo no se maz,
 (dijo, tomando las armas
 y en ademán de escurrirse),
 que lo que tú me relataz.
 Con que--pasar buena noche,
 divertirse, basta mañana.—
 --Espera! repuso Lopez
 asiéndole de la capa.—
 A qué has subto tu aquí?—
 --Por... ya lo sabráz mañana.—
 --No; ahora mismo.—
 --Puez hombre,
 haz de saber que pasaba
 por la calle á una eligencia,
 sentí que habia jarana
 y subí... ¡por estaz crucez!
 á oír cantar una caña.
 --Que miente!—gritaron todos.
 --Señor! ¡por santa Escoláztica.—
 ¿quién te abrió la puerta?—
 --Yo.—
 dijo la novia asustada—
 porqus finjó que eras tú,
 y le eché por la ventana
 la llave, y subió hasta aquí
 para insultar á la sala.—
 --Esaz tenemoz, compadre?
 --Blas Lopez, ez una chansa.—
 Es una chanza? ¡pues toma!—
 y le tiró una puñada
 que le saltó cuatro dientes,
 le deshizo la quijada
 y le dejó las narices
 por toda la vida chatas.—
 --Ay, Blas Lopez! tiene uzte
 muy pequisima criansa!—
 dijo Diego incorporándose
 y sacudiendo la capa.—
 Pero mañana habrá luz....
 ¡ya noz veremoz mañana.—
 --Pues toma por esta noche!
 y le asentó una descarga
 de moquetes tan bien dados
 que le hizo rodar la sala.—
 --Dioz mio! sacarme pronto
 de entre esta gente tan basta,
 que si no van á morir
 y el mataroz me da lástima.—
 --No hay de qué--contestó Lopez:
 vas ha salir y sin gana—
 Y á una seña le cercó
 aquella junta sin alma,
 y le alzarón todos juntos
 como al que llevan en andas,
 y despues dieron con él
 á una voz por la ventana.—
 --Quiso volar el maton,
 pero no encontró las alas,
 y tuvo por precisión
 que bajar con mala gana
 de cabeza hasta la calle,
 y diz que cuando bajaba
 entre ahogado iba diciendo
 ¿ya noz veremoz mañana!